

conservación de amistad, no pueden faltar los sacerdotes. Cree este pueblo que en los woadschas se reciben inspiraciones divinas relativas á las expediciones guerreras y á otros asuntos: lo que más especialmente en ellas se pide á Dios es que conceda muchas vacas, vestidos, etc., y que colme á su caudillo de oro y de plata y aumente su poder y su soberanía. «En una de estas woadschas — dice Krapf — un sacerdote de Adara Bille, el caudillo de Laga Gora, recibió en 1842 la inspiración de saquearme por completo durante mi viaje por el país wollo, plan que se llevó á cabo y por poco me cuesta la vida.» Algunas instituciones abisinias, como por ejemplo el doble sábado que se celebra el sábado y el domingo, han sido transmitidas á los wollo y entre algunos gallas paganos el domingo está consagrado á su dios principal Wak ó Waka. Haciendo referencia á la santificación del sábado y del domingo añade Krapf: «Respecto de esta diferencia nada he podido observar entre los gallas ecuatoriales, pero me he explicado la falta de esta idea por el hecho de que estos últimos son en su mayoría nómadas y no tienen necesidad de consagrar determinados días al descanso, pues pueden descansar todos los días; al paso que la cosa se presenta de muy diversa manera entre los gallas agricultores. Un fenómeno análogo se observa entre los wanikas, los masais y los wakuafis: los wanikas descansan de sus trabajos cada cuatro días, mientras que los masais y wakuafis nómadas no conocen distinción alguna entre los días, por la razón única de que partiendo de su punto de vista no creen necesitar ningún día de descanso.» La oración que traduce Brenner y que se reza con la parte superior del cuerpo desnuda, parece ser una importación mahometana. Los gallas paganos no tienen fetiches: su dios, que se imaginan completamente personal, se llama Wak ó Waka, cielo, y corresponde al Ngai de los masais. Después de Wak, que es el ser supremo á quien sólo rezan en los casos muy apurados, vienen dos divinidades de segundo orden, una masculina llamada Oglie, y otra femenina denominada Atete: á la primera se le hacen los sacrificios entre junio y julio (según Isemberg en enero y en abril) y á la segunda en setiembre: estos sacrificios consisten en vacas y ovejas. Atete es la diosa de la fertilidad y á ella se recomiendan especialmente las mujeres. Esas tribus, en sus fiestas propiciatorias, piden mucha descendencia, larga vida, buena cosecha y victoria sobre el enemigo; por lo demás, se entregan á los placeres sensuales que son inseparables de este como de casi todos los cultos de las divinidades africanas. Wak habla á sus siervos por medio del trueno, se deja ver en el rayo, hace la guerra, la paz, la carestía y la abundancia y está en relaciones con los hombres por medio de multitud de divinidades secundarias ó genios que se llaman *zares*. Como todos los dioses de Africa está íntimamente relacionado con la luna. Durante el novilunio, Wak se separa de sus leales y este período es de grandes calamidades: con el plenilunio vuelve á ellos trayendo consigo tiempos prósperos y concediendo lo que se le pide, lo cual explica el estrépito que arman los africanos cuando la luna está llena. ¿Puede protestarse con O. Kersten contra la denominación de paganos que se da á estos gritadores de la luna, por la sola razón de que no poseen ídolos?

Los gallas tienen sacerdotes que se denominan *subas* para distinguirse de los *kalidschas*, hechiceros, de los exorcistas y de los médicos. Entre los masais, los sacerdotes á quienes se da el nombre de *leibon*, son tan influyentes y su cargo es tan productivo que el sumo sacerdote, *mbatian*, posee 5,000 bueyes (según Fischer) y es considerado como el hombre más rico de su país. En las prácticas religiosas

de los gallas, tiene gran importancia un árbol sagrado por suponerse que en él habita un elevado espíritu, siendo castigado con la muerte el que lo corte ó le cause el menor daño. El más famoso es el árbol worka (*ficus sycomorus* ó woda nabi) del río Hawasch, en donde los gallas rezan cada año al supremo dios Wak, sacrificándole bueyes y ovejas, bebiendo grandes cantidades de cerveza y fumando tabaco. Los rebaños y sus productos desempeñan naturalmente un gran papel en las supersticiones de estos pueblos. La leche no puede ser cocida y en un mismo día no puede comerse leche y carne. En algunas ocasiones los subas ó sacerdotes profetizan, consultando las entrañas de las cabras, si en el siguiente año los gallas serán vencedores ó vencidos. Los kalidschas sacan del cuerpo de los enfermos espíritus y demonios, pues cada enfermedad debe ser atribuida á uno de los 88 espíritus malos. El kalidscha se arrolla al cuello tripas secas de cabra, coge una campana y un látigo, ofrece un sacrificio á la serpiente que en cada casa se mantiene dándole leche, unta luego al enfermo con manteca, lo perfuma con hierbas aromáticas, le increpa con espantosos gritos, le sacude dos buenos latigazos y procura de esta suerte arrojar al mal espíritu y sanar al enfermo. Los subas y los kalidschas son muy temidos por los gallas y aun por los cristianos abisinios. Estos últimos llaman con frecuencia al kalidscha para que libre á sus casas de malos espíritus y de enfermedades, lo cual verifican estos hechiceros por medio de ciertas fórmulas ó conjuros y de sacrificios que consisten en gallinas y cabras rojas. Mientras se hace el conjuro, el enfermo fuma tabaco: el placer del tabaco consiste entre los gallas principalmente en mascararlo, cosa que hacen con verdadera pasión. Tanto ó más respetados y temidos son los *watos*, grado el más elevado de los sacerdotes y hechiceros gallas, que pretenden ser los gallas puros y no se casan por esta razón ni con gallas ni con gentes de otros pueblos. Estos watos habitan en la montaña Dalatscha y en el río Hawasch y pueden ir de una tribu á otra, siendo en todas partes muy bien recibidos y obsequiados con manjares y con bebidas. Viven de la caza y van, por esta razón, de un río á otro, de uno á otro lago, para matar hipopótamos, cuya carne — que otros pueblos apenas pueden comer — constituye su principal alimento. La población pagana no entierra á sus muertos: los masais arrojan los cadáveres, despojados de todo adorno, á las fieras, para que éstas los devoren y de esta suerte no profanan la tierra.

Dos grupos de pueblos de la clase de los gallas merecen ser aquí mencionados por vía de apéndice: cierto que no tenemos noticias exactas acerca de su grado de parentesco con los somalis, pero su idioma, sus costumbres y sus usos no permiten dudar de que existe entre unos y otros profunda conexión. Estos pueblos son los danakils y los schohos: los primeros son los habitantes de la costa desde Massaua y en dirección al Sud hasta la frontera de los somalis, es decir casi hasta la bahía Tadschurra; al paso que los segundos tienen su residencia al Oeste de aquel puerto abisinio. Por sus usos y costumbres, ambos se parecen mucho á los somalis, á pesar de que las condiciones de sus respectivas residencias los lleven á un género de vida muy distinto, á saber, á los danakils á la pesca y á la navegación y á los schohos á la vida de las montañas.

Los danakils (en plural dankalis) ó adals (1) se parecen,

(1) Danakil y adal son dos nombres árabes de sentido indeterminado: el nombre que á sí mismo se da este pueblo es el de *afar*, es decir libres.

además, á los somalis en que están en íntimo contacto con los habitantes de la península arábica, situada enfrente de ellos, gracias á lo cual han venido á ser, como aquéllos, una forma litoral del gran pueblo galla. Su carácter, como el de aquellos somalis, está también por debajo del de los gallas nómadas. De la misma manera que los demás gallas, no han conseguido formar una organización política firme, sino que se han fraccionado en multitud de tribus y pequeñas tribus cuya impotencia puede comprenderse con sólo tener en cuenta que entre todas no pueden reunir más de 6,000 guerreros. Nada les diferencia notablemente de los somalis, cuya descripción puede serles aplicada en cuanto se refiere á los habitantes de la costa.

La rama septentrional de los gallas, ó sea la de los schohos, ha conservado más rasgos del modo de ser de los verdaderos gallas, es decir de los nómadas: su residencia está comprendida entre una línea recta que va de Massaua á Halay y otra línea paralela á ésta que se extiende desde el golfo Buri hasta la alta montaña. Su idioma demuestra que son hermanos de los somalis y de los gallas, viniendo á ser una especie de cuña de estas tribus introducida entre el mar y los pueblos etíopes. Los schohos son un pueblo pobre de pastores sin agricultura, pero poseen los pasos que conducen á Abisinia y sea provechan de ello para exigir tributos á todos los viajeros, habiendo sido infructuosas cuantas tentativas se han hecho para arrojarlos de estas posiciones. Su carácter es el de todos los somalis, honrados entre sí, pero explotadores, exigentes, y egoístas para con los extranjeros. Cada viajero debe tomar en Arkiko de Naib ó en Halay un schoho que le sirva de guía (*delil*) y que mediante medio thaler garantiza la seguridad de aquél. Cuando se remonta el valle que conduce á Halay se cree cruzar por un yermo; tan escarpadas y abruptas son las rocas que á ambos lados de él se levantan; pero desgraciado del viajero que fiándose en esta soledad y en su fusil quiere eludir el pago de aquel tributo, pues apenas ha penetrado en los desfiladeros oye de la cima de las rocas un grito agudo que resuena en todas las montañas y en un instante se llena el desierto con centenares de hombres armados de lanzas que por todos lados amenazan al viajero á quien no queda más remedio que pasar por una capitulación cara.

Los rebaños de los schohos son numerosos y abundan en hermosas vacas y en magníficas cabras que se conocen con el nombre de *sibanis*. Los schohos no tienen aldeas fijas, sino que van recorriendo los sitios en donde abundan los pastos, llevando cada familia cargada en un buey toda su casa, compuesta de dos palos que se cubren con pieles. En los puntos donde hacen alto construyen con las malezas del desierto una gran valla para defenderse de las fieras, y dentro de ella encierran de noche sus rebaños y construyen sus cabañas, cosa que no les cuesta mucho trabajo. Su alimento principal es la leche; no les gustan las bebidas espirituosas y sus necesidades son tan mínimas como las condiciones generales de su existencia, acerca de las cuales dice Munzinger: «Son tan sencillas que nada tendría aquí que hacer el tirano más grande.» El color de los schohos varía del moreno oscuro al negro; su fisonomía es más salvaje y más característica que la de los betchuanos, pero tiene el tipo menos de negro: únicamente sus cabellos parecen rústica lana de oveja. Su vida sencilla y la pureza de sus costumbres les dan fortaleza y un aspecto juvenil. El honor de las muchachas, doblemente guardado por la infibulación, es muy estimado: el de las mujeres se considera como inviolable y muchas veces se castiga la vio-

lación con la muerte. La belleza sólo se concibe entre las mujeres. Munzinger al atribuir á los schohos «un salvajismo libre» producido por sus ojos feroces, por su voz chillona y por sus animadas gesticulaciones; al concederles un valor, mayor en sus montañas que en país extranjero; al referir hechos en los cuales un caudillo schoho mató á algunos de sus paisanos porque robaron á sus recomendados teniendo luego que abandonar el país; y al ensalzar, finalmente, el completo republicanismo de los indómitos individuos y de las aldeas; nos traza un cuadro del mejor carácter galla, que indudablemente se ha mantenido más puro en estas montañas que en las llanuras.

CAPÍTULO VI

PUEBLOS SEDENTARIOS ENTRE LA COSTA ORIENTAL

Y LOS GRANDES LAGOS.

«Astillas entre el martillo y el yunque.»

Naturaleza del territorio de la costa. — Situación miserable de sus pueblos entre los árabes y las rapaces tribus pastoras. — Los wakondes. — Los wasaromos y wasararas. — Un pueblo de la clase de los bosquimanos. — Ugogo. — Arquitectura de los tembes. — Los wanjam-wesis. — Tráfico comercial. — Influencias árabes. — Wakambas, wanikas y masais.

El ancho país costanero que lentamente va descendiendo, formando colinas dispuestas á modo de gradas, es una particularidad del Africa oriental que en tanta extensión no posee ninguna otra comarca de esa parte de la tierra, y que, por lo mismo que ofrece anchos espacios habitables delante del país montañoso, proporciona al Este cierta superioridad de cultura sobre el Oeste, superioridad que no ofrecen ni Natal ni Zanzibar: este hecho es también importantísimo desde el punto de vista de la historia de los descubrimientos, ya que desde los territorios orientales se han dado los pasos más trascendentales y afortunados para llegar al conocimiento del interior. Es asimismo muy probable que en un porvenir inmediato la vía férrea que ponga en comunicación la costa con el país interior, se trace por el costado oriental. Esta parte del Africa parece ser la más á propósito para desarrollar el germen de un superior desenvolvimiento que yace depositado en el seno de su pueblo; así es que causa un verdadero desencanto ver que de las partes sedentarias que componen las poblaciones esteafricanas, son precisamente las más apartadas de la costa, las del interior, las que ofrecen las formaciones de Estados más duraderas y fuertes y los más ricos desenvolvimientos de la civilización. La costa es, salvo las residencias árabes, más pobre que el interior en este concepto. ¿A qué es debida esta desproporción tan arraigada que, mientras encontramos pueblos negros hasta en el borde oriental del Africa, no los vemos en los territorios situados al Norte del ecuador habitados por tribus hamitas y semitas? Débese primero al comercio de esclavos y segundo á los pueblos nómadas, gallas, somalis y masais, que, procedentes del Norte, se han introducido entre las débiles tribus de tiempo inmemorial sedentarias en Africa, llevando á todas partes el saqueo, la destrucción y la intranquilidad y que desde hace quince años han aparecido en hordas montadas al Sud del ecuador. Puestos entre estas dos muelas, únicamente por circunstancias favorabilísimas pudieron los residentes disfrutar de mejor suerte que sus afines del Nyassa y del Rovuma. De estas dos calamidades, fué indudablemente la mayor la trata de esclavos enseñoreada de los terrenos bajos y de los banales de la costa, y enfrente de la

cual los pueblos por ella azotados han tenido que buscar recientemente y en repetidas ocasiones amparo entre los mismos gallas y masais, que realmente los han protegido: de suerte que por grandes que hayan sido los progresos que en estos países hayan podido realizar las poblaciones de la costa, el mayor azote de los mismos han sido sin duda alguna los árabes. En estos últimos tiempos comienzan á poder señalarse algunos hechos realizados por estos



Chozas en Serombo (según Stanley)

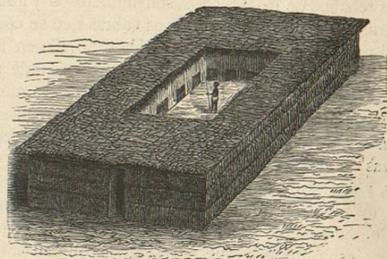
señores de la costa que redundaron en provecho de los indígenas, tales, por ejemplo, el establecimiento forzoso de los rapaces «zulú-monos» y de los masitus ó mavitis en el Rovuma, ordenado hace algunos años por el sultán de Zanzíbar, mientras otras tribus sacudían el yugo de los tratantes de esclavos emprendiendo la retirada al Norte.

En tales circunstancias, la raza más débil hubo de sufrir la suerte general que á los más débiles está reservada en tan desiguales luchas, á saber: ser acorralada en los territorios de más desfavorables condiciones, empobrecida y degenerada é imposibilitada de formar grandes Estados. De modo que si bien en menor escala, vióse condenada al mismo destino que la mano de los zulús y de los watutas había impuesto á sus afines, los makúas, manganjas, etc., que habitaban más hacia el interior y hacia el Sud. Algunas tribus más pequeñas lograron conservarse á mayor altura allí donde de la naturaleza de sus residencias les ofreció alguna defensa, como les sucedió á los wasaras, ó allí donde las circunstancias les permitieron tomar parte en el comercio árabe, como aconteció á los makondes (según todas las probabilidades, de la especie de los makúas) «el pueblo más repugnante del Este de Africa» (Thomson), cuyos individuos aumentan su fealdad natural con incisiones en la piel y con el *pelele*, adorno de los labios que prolonga hacia abajo el labio inferior: estos makondes tienen extraordinario apego á sus costumbres y hacen con los pueblos de la costa un comercio considerable de copal y de caucho. Su bienestar les había hecho, cuando Thomson los visitó en 1882, altaneros y codiciosos.

Dejando á un lado la relación de todas las tribus de la costa y del territorio comprendido entre ésta y los grandes lagos, que se parecen bastante unas á otras, dedicaremos principalmente nuestra atención á aquellos países y pueblos que, por estar situados en el camino de caravanas de Zanzíbar-Kaseh (Unjamwesi) Udschidschi, no sólo tienen importancia especial para la exploración de estas comarcas por árabes y europeos, sino que también son los más conocidos de todos los países vecinos. Tenemos en primer término el país de bancales de Usaramo que avanza extraordinariamente hacia la costa y forma el primer tramo de los que conducen á la cordillera marginal del país montañoso de los grandes lagos del Este de Africa y al propio tiempo el dintel

de la misma: este país cubierto de bajas colinas está poblado de pastos y de bosques, pero contiene escasa población, como acontece con todos los territorios en donde se hacen las cacerías de esclavos. Las aldeas no son muchas en número ni están muy pobladas, pero sus caudillos, á quienes Speke llama *phanzes* y que son súbditos del sultán de Zanzíbar, obran como príncipes independientes y cobran el *hongo*, impuesto de peaje, de las caravanas. Los wasaromas viven principalmente del comercio de esclavos y también de la venta de sus cabras y cereales que realizan en las poblaciones de la costa; visten casi tan bien como los suahelis y sus trajes son de tela de algodón; se untan con grasa y ocre y usan peinados extravagantes como buenos negros. Sus armas principales son el arco y las flechas, y éstas van encerradas en un carcaj labrado sin el cual no salen nunca de sus chozas.

Sigue luego Usagara, el país de Gara, que se extiende desde la desembocadura del Mgeta en el Kingani, al Este, hasta el borde del país montañoso del interior y por ende hasta la frontera de Ugogo al Oeste; y desde Ruaha, el gran brazo septentrional del Luwdschi, al Sud, hasta el alto Mami ó Mukundokúa, al Norte. Su superficie vendrá á ser de unas 250 á 300 millas geográficas cuadradas. Este país es en su conjunto un país montañoso, cuyas montañas, no clareadas por el fuego ni por la destrucción y por ende no cultivadas, están cubiertas de arbustos, malezas y árboles; sería este el país más á propósito para patria paradisíaca de una población que viviera en paz, mas por desgracia está demasiado cerca de Zanzíbar, emporio del comercio de esclavos. Sus habitantes, los wasaromas, son seres pobres y recelosos que viven por regla general en unas chozas redondas de hierba, emplazadas en cimas de montes difícilmente accesibles: sólo muy cerca de la frontera de Ugogo encontramos los tembes, grandes cabañas cuadradas construidas con barro. Los wasaromas son semi-nómadas semi-agricultores, y es indudable que á poder disfrutar de una vida tranquila constituirían un pueblo agrícola muy agradable, cosa que, tal como están, no pueden hacer, pues los cazadores de esclavos los empujan de un lugar á otro. No han sabido ni una vez siquiera exigir el impuesto del peaje; por el contrario, cuando ven que las caravanas se acercan prefieren, escarmentados por tristes experiencias, huir á sus agrestes aldeas.



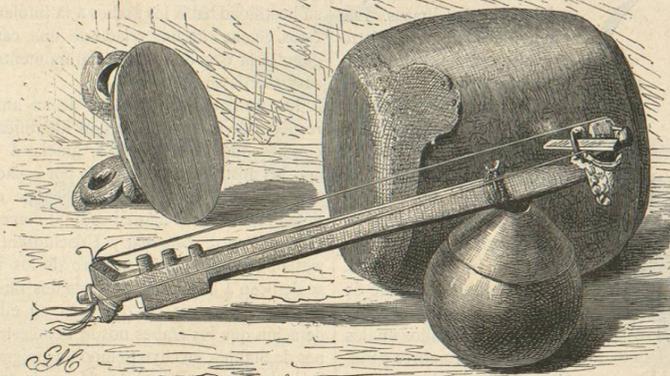
Un tembe (según Stanley)

El miedo de que se sienten dominados es tan grande, que puede sospecharse si han llegado á situación tan miserable á consecuencia más bien de una debilidad y de un miedo innatos, que de las desfavorables condiciones en que viven. «De color pálido, cobardes, miedosos y tímidos, parecen provocar los ataques á este país en donde cada ser humano tiene su precio en el mercado.» Esta observación de Speke hace que no parezca del todo inverosímil la hipótesis de

que esta es una de aquellas razas oprimidas y por ende debilitadas y tiranizadas, como las de los bosquimanos y damaras montañoses, que vemos en el interior y al Oeste del Africa meridional y como las de los watwas, akkas, etc., que encontramos en el corazón de esta parte de la tierra. Desgraciadamente no poseemos descripciones más detalladas de estos wasaromas que rara vez se ofrecen á la vista de los viajeros. Sabemos que algunos se visten con una especie de falda de paño que les pende de la cintura, mientras otros se tapan simplemente con túnicas de hierba que Cameron compara con las de los papúas. El propio viajero describe un extraño adorno para el cuello, formado con alambres de latón colocados unos junto á otros, horizontalmente en el cuello. Usagara no forma, al parecer, actualmente un conjunto político, sino que se ha fraccionado en una porción

de distritos independientes. Desde que algunos wasirahas fugitivos y algunos wadirigos rapaces penetraron en ese territorio procedentes del Este y del Oeste respectivamente y se establecieron en los sitios de más favorables condiciones, realizóse allí una mezcla de pueblos como la que ofrecen en todas sus residencias las razas más débiles.

Junto á este país se extiende al Oeste Ugogo, meseta ondulada que alcanza mucho más allá del perímetro abarcado por el estado político del mismo nombre: el país de Ugogo, en este último sentido, comprende, según Cameron, una superficie de 100 millas inglesas cuadradas y á pesar de tan reducidas dimensiones se subdivide en una porción de distritos independientes compuestos de varias aldeas, cada uno de los cuales ejerce su soberanía en cuanto á la percepción del *hongo* ó *monghi*, derecho de peaje que han de satisfacer



Taburete, tambor y violín de los wanikas (Museo etnográfico, Munich)

de los viajeros. Entre los wagogos viven algunos rapaces wadirigos en aldeas especiales. En algunas descripciones de este país vemos mencionada Mpapwa, en la estribación occidental de la montaña Usagara, al borde de la región de bosques que separa este distrito de la meseta de Ugogo, una estación de misioneros y comerciantes en estos últimos años visitada con mucha frecuencia. En los tembes ó pequeñas aldeas diseminadas por la llanura, habita una población bastante numerosa que se ocupa de agricultura y ganadería. Estos tembes, casas de barro que nada tienen de africanas, se nos aparecen aquí por vez primera como principal sistema de viviendas: compónense de un armazón de vigas, cuyas paredes, de 7 pies de altura por lo general, están revestidas de barro. El techo liso está también cubierto de una espesa capa de limo que sirve para resguardar al edificio de la lluvia, pero la verdad es que en los períodos lluviosos ofrecen escasa resistencia. Estos tembes forman generalmente un cuadrado en cuyo centro hay abierto un patio, en el cual pasan la noche los rebaños. Por lo general sólo hay una ó dos aberturas que del exterior conducen al interior, aberturas que se cierran con macizas puertas de madera. Las habitaciones y los edificios no suelen tener salida más que por el patio, para mayor seguridad contra los ataques enemigos: en algunas comarcas las paredes exteriores ostentan aspilleras. Los tembes son viviendas miserables que en los tiempos de lluvia especialmente constituyen otros tantos focos de humedad y de podredumbre.

Así como Mpapwa, por ser distrito fronterizo de Ugogo,

posee una población mezclada ó por mejor decir compuesta de representantes de distintas tribus, principalmente wagogos, wasaromas, wakúas, árabes y suahelis, y tiene por ende un carácter internacional dentro del estilo africano, Unjamwesi, el país de los montes de la Luna y de las fuentes del Nilo, famosas de antiguo, se nos presenta como el país mercantil más importante y más animado del interior del Africa, gracias á estar cruzado por los caminos de caravanas que se dirigen al Ukerewe y al Tanganika, país que más de una vez ha parecido destinado á ser provincia árabe de la costa y que actualmente ha sido devuelto, aunque por poco tiempo, á los negros. Como Unjamwesi encierra el punto que sirve de nudo á aquellos caminos, ó sea Kaseh ó Tabora, el pueblo mercantil que lo habita, más interesado allí que en ninguna otra parte, se esforzará siempre por tener entre sus manos la soberanía política. Unjamwesi (país de la luna) era antiguamente uno de los mayores imperios del Africa, poco menos pequeño en otro tiempo que Inglaterra, según cálculo hecho por Speke: en el transcurso de su moderna historia, dividióse, sin embargo, en una porción de pequeños Estados, lo cual se debió, en gran parte, á condiciones de la naturaleza. Una gran porción de su territorio está situada en la meseta que se eleva á 1000-1200 metros y que forma la línea divisoria de aguas entre el Ukerewe, el Tanganika y el Luwdschi. Hacia el Norte va descendiendo hasta el Ukerewe, cuya orilla meridional está todavía comprendida dentro de sus fronteras, quedando enclavadas en esta parte las extraordinariamente fértiles comarcas de Usabi y Uhindi. Los habitantes dan á esta por-